

yamos una choza y comamos peces del río mientras llega un navío que nos pueda sacar de esta isla desierta.

VI.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Yo no sé. Me preguntas demasiado, Ninón. Hace ya más de dos meses que Antonieta y León habitan el nido color de cielo. Ella sigue siendo una linda muchacha; él sigue maldiciendo de las mujeres con más gracia que nunca. Lo cierto es que se adoran.

HERMANA DE LOS POBRES

HERMANA DE LOS POBRES

I.

A los diez años era tan ra uítica la pobre niña, que daba pena verla trabajar como una criada de casa de labor. Tenia los asombrados ojos y la triste sonrisa de los que sufren sin exhalar una queja. Los ricos colonos que la encontraban por las noches á la salida del bosque, mal vestida y cargada con pesados fardos, la ofrecían alguna vez comprarle, cuando el grano se vendía á buen precio, un traje nuevo de áspera estameña. Ella respondía siempre: «Sé que hay en el pórtico de la iglesia un pobre viejo sin más abrigo que una débil blusa en este riguroso mes de Diciembre: compradle una capa de paño y yo no sentiré el frío al verle abrigado.» Aquella frase le dió el sobrenombre de *Hermana de los pobres*, que unos la daban por burlarse de sus harapos, y otros en recompensa de su buen corazón.

Hermana de los pobres había poseído en su primitiva infancia una cuna cubierta de encajes y ricos juguetes con que llenar un gran armario;

pero una mañana en que su madre no fué, como acostumbraba, á darla el primer beso del día, y en que la niña lloraba por no verla, la dijeron que una santa del cielo se la había llevado al paraíso, y esa idea secó sus lágrimas. Hacia un mes escaso que su padre había partido por el mismo camino, y la inocente creyó que era él quien reclamaba á su madre, y quien no tardaría en hacer lo mismo con ella.

No recordaba cómo perdió su cuna y sus juguetes, ni cómo de rica heredera convirtiéndose en humilde criatura, sin que nadie se asombrase por ello; sin duda algunos malvados con careta de gente honrada la despojaron sin piedad. Sólo recordaba haber visto una mañana al lado de su camita á su tío Guillermo y su tía Guillermina, que la asustaron con su aire preocupado, y que; sin darla un beso, la vistieron de grosero lienzo para conducirla á la humilde cabaña donde seguía habitando con ellos. Esto era todo.

Guillermo y Guillermina también fueron ricos antiguamente; pero él adoraba las espléndidas mesas llenas de convidados, las noches pasadas en las orgías, sin pensar en los toneles que se agotaban poco á poco, y ella amaba el lujo, los trajes de seda, los mil artificios de tocador empleados para conservar eternamente su juventud y su belleza, de tal modo que llegó un día en que el vino faltó en la bodega y en que los magníficos espejos se vendieron para comprar pan.

Hasta entonces habían poseído esa bondad de los ricos, efecto del bienestar y de la satisfacción de sí mismos que les hace desear compartir su dicha con los demás, mezclando así mucho egoísmo á su caridad. Al echar de menos sus riquezas perdidas, no supieron sufrir y permanecer siendo buenos; al no tener más que lágrimas para su miseria, volviéronse duros para sus semejantes.

Olvidando que su pobreza era obra suya, acusaban á todos de su ruina, abrigaban deseos de venganza, y exasperados por su negro pan, buscaban consuelo en los mayores sufrimientos del prójimo.

Gozábanse en los harapos y en las demacradas mejillas de la *Hermana de los pobres*; se recreaban en la debilidad de aquella niña cuando al regresar de la fuente vacilaba sosteniendo con ambos brazos el cántaro lleno de agua. La pegaban á la menor gota de agua vertida, con pretexto de corregir su mal carácter, pero en su fuero interno no dejaban de comprender que tal proceder no se usaba para castigar sus defectos.

Hermana de los pobres sufría su miseria, sus más fatigosos trabajos con suma paciencia; enviábanla á espigar en el rigor del verano, á recoger leña durante las más copiosas nevadas, á barrer no bien había regresado, á lavar y á limpiar toda la choza. Los días felices estaban tan distantes, que no podía comprender que hu-

biese gentes que no llorasen diariamente. No sospechaba que existieran niñas ricas y mimadas, y en su ignorancia de juguetes y besos aceptaba los golpes y el pan seco de cada día como parte integrante de la vida. Y era un asombro para todas las gentes juiciosas el ver á una niña de diez años mostrar tal compasión por los sufrientes ajenos sin fijarse en los propios.

Una tarde que los esposos festejaban algún santo, dieron á la niña una moneda de cinco céntimos y la permitieron ir á jugar el resto del día. *Hermana de los pobres* bajó al pueblo sin saber qué hacer del dinero ni del permiso obtenido, y así llegó á la calle Mayor, donde había cerca de la iglesia una tienda llena de confites y muñecas de tan preciosa vista á la luz artificial, que los niños de la comarca soñaban con ella como con un paraíso. Aquella noche un grupo de chiquillos, con la boca abierta, mudos de admiración, se apoyaban lo más cerca posible del escaparate para contemplar las maravillas que encerraba. *Hermana de los pobres* envidió su audacia y se paró en medio de la calle, arreglando con sus manitas los descompuestos guñapos de su vestido. Orgullosa de su riqueza, oprimía entre sus dedos la moneda, escogiendo con la vista el preferido juguete, hasta que al fin se decidió por una muñeca de cabellos rubios, la cual, de grantamaño y vestida de seda blanca, parecía una imagen de la Virgen.

La niña dió un paso hacia la tienda, y al extender su mirada antes de entrar, divisó frente á la puerta, sentada en un banco de piedra, á una mujer mal vestida que oprimía en sus brazos un niño sollozando. Se detuvo de nuevo, de espaldas á la muñeca; á los gritos del niño cruzó piadosamente sus manos, y sin titubear se dirigió á la pobre mujer, decidida á entregarla sus cinco céntimos.

Hacia largo rato que la mendiga contemplaba á la niña; la vió detenerse y luego avanzar hacia la tienda de juguetes; de suerte que cuando se dirigió á ella comprendió toda la bondad de su alma. Tomó la moneda con los ojos húmedos y retuvo entre las suyas la infantil mano que se la alargaba.

—Hija mía—exclamó—acepto tu limosna porque sé que al rehusarla te daría un disgusto. Pero dime, ¿no deseas nada? Por mal vestida que me veas, puedo satisfacer cualquier deseo tuyo.

Mientras hablaba así la pobre, sus ojos brillaban con extraño fulgor, y alrededor de su cabeza se extendía una claridad semejante á una corona hecha de rayos del sol. El niño dormido sobre sus rodillas sonreía con éxtasis.

Hermana de los pobres meneó su rubia cabecita.

—No, señora—respondió—no deseo nada. Hubiera querido comprar una muñeca grande; pero mi tia Guillermina me la hubiese hecho pedazos. Puesto que no necesita usted para nada mi mo-

neda, sólo ambiciono un beso suyo en cambio.

La mendiga se inclinó y la besó en la frente, y al sentir la caricia, *Hermana de los pobres* se sintió elevada por los aires, desapareció de su pecho la constante fatiga que la ahogaba, y al mismo tiempo su corazón latió con dobles impulsos de virtud.

—Hija mía— murmuró la desconocida—no quiero que tu buena acción quede sin recompensa. Tengo como tú una moneda, de la cual no sabía qué hacer antes de verte. Muchos príncipes y grandes damas me han arrojado bolsas repletas de oro, pero á ninguno le he juzgado digno de poseerla. Tómala y obra siempre según los impulsos de tu corazón.

Entregó á la niña una vieja moneda de cobre, comida por los bordes y agujereada por el centro, tan usada que no podía saberse á qué país pertenecía; sólo se veía medio borrada una corona de reyes. Era, sin duda, alguna moneda del Reino de los Cielos.

Hermana de los pobres, al verla tan pequeña, tendió su mano, comprendiendo que tal ofrenda no podía causar ningún perjuicio á la mendiga y que sólo sería algún recuerdo amistoso.

—¡Jesús!—pensó;—esta pobre mujer no sabe lo que dice. ¡Los príncipes y las señoras no sabrían qué hacer de su moneda, pues es tan fea que no servirá ni para pagar una onza de pan! ¡Ni aun me atrevo á dársela á un pobre!

La mujer aquella sonrió como si hubiese escuchado el pensamiento de la niña. Replicóle dulcemente:

—Llévala siempre, y ya verás.....

Entonces *Hermana de los pobres* la aceptó por no incomodarla y bajó la cabeza para guardarla entre el cuerpo de su vestido. Al levantar la vista, el banco estaba vacío. Regresó á su hogar muy pensativa por aquel encuentro.

II.

Hermana de los pobres dormía en un granero lleno de muebles, viejos sólo iluminado las noches de luna por los rayos que penetraban á través de una claraboya abierta en el techo. En las noches oscuras buscaba á tientas su cama, miserable lecho de tablas mal unidas, cubiertas por un felpudo.

En aquella noche, la luna llena dirigió su luz al pobregranero.

Cuando sus tíos se acostaron, la niña subió á acostarse también. En las noches sombrías pasaba inmensos terrores al escuchar gemidos y ruido de pasos misteriosos, que solo eran los crujidos de las vigas y las carreras de las ratas; así es que adoraba al hermoso astro cuyos rayos amigos disipaban su temor.

Sintió viva alegría al ver su *alcoba* iluminada,

y como la fatiga rendía su cuerpo, dispúsose á dormir tranquila, sintiéndose guardada por su buena amiga la luna. ¡Cuántas veces la había sentido, durante su sueño, pasearse por la habitación, dulce y silenciosa, haciendo huir á los malditos sueños del invierno!

Se arrodilló sobre un cofre viejo para elevar á Dios su plegaria, y una vez terminada la oración, se apoyó en la cama y empezó á desabrocharse el justillo y la falda, la cual cayó al suelo arrojando por el entreabierto bolsillo un sinnúmero de monedas. Hermana de los pobres las vió rodar, inmóvil, aterrada.

Bajóse, las recogió una por una formando montoncitos sobre la tapa del cofre; sin detenerse en conocer su número, porque no sabía contar más que hasta cincuenta y veía que pasaban con mucho de aquella cifra. Cuando en el suelo no quedó ninguna, recogió la falda y en su peso conoció que aun se ocultaban más en el bolsillo; tras un puñado sacaba otro, y ya desesperada de llegar al fondo, cuando, de pronto, notó que sólo restaba una; la sacó, y era la que la mendiga le regaló aquella noche.

Entonces adivinó que Dios acababa de obrar un milagro y que aquella feísima moneda, desdenada por ella, era la piedra fundamental de su fortuna. Oprimíala temblorosa entre sus manos temiendo que le diese el capricho de llenar el granero de riquezas, cuando no sabía ya qué ha-

cer con los montones de dinero amontonados a su vista.

Como buena trabajadora, tenía siempre hilo y aguja en su cuarto: buscó un pedazo de tela vieja para hacer un saco, pero le hizo tan estrecho por lo escaso de la tela, que apenas podía introducir en él su manecita; colocó en el fondo la moneda de la pobre, y luego fué echando los cuartos que cubrían el cofre, y conforme se llenaba, siempre se estrechaban las monedas, de modo que quedaba sitio libre para todas.

Después de la operación, Hermana de los pobres, cansada por tan opuestas emociones, se durmió sonriente, soñando con las limosnas que podría distribuir con tanto dinero.

III.

Al despertarse la niña á la mañana siguiente, creyó haber soñado lo ocurrido la noche anterior; pero tuvo que convencerse de la realidad al tocar su tesoro, más pesado aún, lo que hizo adivinar á su dueña, que la moneda misteriosa se había multiplicado durante la noche.

Vistióse de prisa y bajó silenciosamente la escalera con sus zapatitos en la mano para no hacer ruido, y el saco oculto en el pecho, oprimiéndole con las manos. Con gran terror pasó

por delante de la cama donde dormían sus tíos; pero una vez pasado el peligro, echó á correr, abrió de par en par la puerta y huyó, olvidándose de cerrarla.

Era una de las mañanas más frías del mes de Diciembre; comenzaba á amanecer, y el cielo, á la pálida claridad de la aurora, tenía el mismo color que la tierra cubierta de nieve. Entre aquella blancura universal de profunda calma, Hermana de los pobres marchaba de prisa, siguiendo el sendero que conducía al pueblo, sin escuchar más que el ruido de sus zapatos sobre la nieve.

Al aproximarse á poblado se acordó de que en su marcha apresurada había olvidado su oración matinal, y allí, sola, perdida en aquella inmensa y triste serenidad de la naturaleza dormida, elevó á Dios su plegaria con esa dulce voz infantil que ni el mismo Dios puede distinguir de la de los ángeles. Levantóse entumecida por el frío y apretó el paso.

Reinaba en aquel país, sobre todo en aquel año en que el invierno era crudo y el pan caro, una horrenda miseria. Los pobres que viven gracias al sol y á la caridad, salían todas las mañanas para ver si la primavera llegaba, llevando consigo más limosnas y más consuelos. Andaban por los caminos y se sentaban sobre los guardacantones á la entrada de los pueblos implorando a caridad de los pasajeros, porque hacía tanto

frío en sus casuchas, que preferían vivir en las carreteras. Tantos, eran que hubieran podido poblar una gran ciudad.

Hermana de los pobres entraba en el pueblo con su saquito abierto, cuando vió venir hacia ella un ciego conducido por una chiquilla que la miraba tristemente, tomándola por una hermana al verla tan mal vestida.

—Buen viejo—dijo al ciego—extienda usted esas manos; Dios me envía para consolarle.

Habíase dirigido al hombre porque las manos de la niña le parecían demasiado chicas para contener una gran cantidad. Para llenar las manos del ciego le fué necesario meter y sacar llenas tres veces las suyas en el saco.

Tenía prisa por llegar á la iglesia, cerca de los bancos de piedra donde los pobres se reunían por las mañanas con objeto de que la casa de Dios los resguardase de los vientos del Norte, y el sol, que á su salida daba de lleno en el pórtico, templase sus ateridos cuerpos. En la esquina de una callejuela halló á una mujer joven que sin duda había pasado allí la noche, según la palidez de su rostro y el modo como tiritaba. Con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho parecía dormir sin esperar más que en la muerte. Hermana de los pobres, llorando por el temor de haber llegado demasiado tarde, detúvose ante ella con la mano repleta de monedas.

—Buena mujer—la dijo, tocándola ligeramente

en el hombro—tome usted, tome usted este dinero. Necesita usted almorzar y sentarse al fuego.

Al sonido de aquella dulce voz la mujer abrió los ojos y tendió las manos maquinalmente, creyendo soñar que un ángel había bajado del cielo.

Hermana de los pobres llegó á la plaza cuando los mendigos sentados á la puerta de la iglesia temblaban de frío, acurrucándose entre sí. La niña comenzó por la derecha á arrojar monedas en los raídos sombreros y en los delantales, con tal entusiasmo, que muchas piezas rodaron por las losas. No las contaba; pero el maravilloso saquito no sólo no se agotaba, sino que por el contrario, á cada puñado cogido por la chicuela aumentaba de volumen. Los pobres asombrados por aquella divina lluvia, recogían las monedas caídas, diciendo: Dios os lo premie. La limosna era tan pródiga, que aquellos buenos viejos creyeron que los santos de piedra les enviaban aquella fortuna y lo siguen creyendo aún.

La niña reía al ver su alegría. Dió tres veces la vuelta al corro de pordioseros, para dar á cada uno la misma suma; luego se detuvo, no porque el saquito se vaciase, sino porque tenía mucho que hacer antes de la noche. Cuando iba á alejarse observó en un rincón á un viejo enfermo que no pudiendo aproximarse la tendía las manos. Sintiendo no haberle visto antes, se acercó y yació el saco á fin de darle más que á los demás. Las monedas corrieron de aquella mágica

bo'sa como el agua de una fuente sin detenerse, con tal abundancia que Hermana de los pobres cerró bien pronto la abertura con el puño, porque sino, el montón habría sido en pocos instantes más alto que la iglesia. El pobre viejo no sabía qué hacer de tanto dinero, y pensaba que acaso los ricos se lo robasen.

IV.

Después de llenar los bolsillos de los pobres del pueblo, marchó al campo, seguida de un cortejo de mendigos que olvidando templar sus sufrimientos iban tras ella, mirándola con asombro y respecto, atraídos por una fuerza irresistible.

Aquella niña vestida de grosera estameña hecha girones hacía honor á su nombre de hermana de los pobres; era su hermana por los Harapos que la cubrían, por su tierna piedad. Se encontraba á su lado como en familia, y al dar á sus hermanos se olvidaba de sí misma. Aquella rubita de diez años, caminaba gravemente, más de lo que sus pies se lo permitían, rodeada de una luz de majestad y escoltada por muchos ancianos.

Con el saquito en la mano iba por los pueblos distribuyendo limosnas á diestro y siniestro, sin escoger los caminos, ya por las sendas y los va-

lles, ya por las cuestas de los montes. De cuando en cuando se detenía para ver si algún vagabundo se abrigaba al pie de algún árbol ó en alguna gruta cavada en la montaña. Se empinaba mirando al horizonte, condoliéndose de no poder atender á todas las miserias del país, de haber dejado tras sí algún sufrimiento ignorado, y, ya que acortase su paso, ya que corriese al encuentro de algún indigente, siempre la seguía su cortejo.

Al atravesar un prado, una bandada de pajaritas de las nieves se posaron ante ella, y las pobres, perdidas en la nieve, cantaban con melancólico tono, pidiendo un alimento buscado en vano. Hermana de los pobres se detuvo aturdida por encontrar algunos seres á quienes sus monedas no podían socorrer, y miraba su bolsa con cólera, maldiciendo aquel dinero que se negaba á hacer una obra de caridad. Las pajaritas la rodeaban reclamando una parte de sus dádivas, y la niña sollozando, no sabiendo qué hacer, tomó del saco un puñado de monedas por no alejarse sin darles algo. La pobre niña había perdido la cabeza imaginándose que los céntimos son la moneda de los pajarillos y que esos hijos de Dios tienen molinos para moler y panaderos para amasarles el pan de cada día. Ignoro cuál sería su idea; pero lo cierto es que la moneda arrojada con tan buena voluntad cayó á la tierra convertida en trigo.

Hermana de los pobres sin asombrarse ofreció un verdadero festín á las pajaritas, echándoles

toda clase de granos en tal cantidad, que al llegar la primavera se llenó el prado de una hierba alta y apiñada como un bosque. Desde aquel tiempo aquel rincón de tierra pertenece á los pájaros del cielo, que allí encuentran en toda estación abundante alimento para millares de ellos que llegan desde más de 20 leguas á la redonda.

La infantil bienhechora reanudó su marcha, dichosa por su nuevo poder, y desde entonces no se contentó con distribuir dinero, sino según las necesidades de cada uno, ya repartía limpias blusas, pesados refajos de lana ó zapatos fuertes y poco pesados, todo lo cual salía de una fábrica desconocida. Las telas eran de una maravillosa solidez y finura; las costuras, tan primorosamente ejecutadas, que en el pequeño agujero que hubiese hecho cualquiera de nuestras agujas hubiese quedado espacio para tres puntadas de las agujas mágicas. Lo más prodigioso era que las prendas tenían la medida exacta del pobre á quien iban destinadas. Sin duda un taller de hadas acababa de establecerse en el fondo del saco, con finísimas tijeras de oro que cortaban diez trajes de querubín de la hoja de una rosa.

El saco no se mostraba orgulloso por aquel milagro: al contrario, sus orillas se hallaban ya gastadas y se habían ensanchado de tanto meter y sacar en él la mano. Para que no me tildes de mentiroso, te diré cómo salían de él las prendas grandes de cuatro ó cinco metros. Hallábanse

plegadas sobre sí mismas como las hojas de la amapola cuando no ha abierto su cáliz, y dobladas con tal arte, que no abultaban más que el capullo de esa flor. Hermana de los pobres cogía el paquete entre sus manos, le sacudía varias veces, y la tela se desdoblaba, apareciendo un traje capaz de cubrir, no á los ángeles, sino á humanos y robustos cuerpos. En cuanto á los zapatos, no he podido saber hasta hoy bajo qué forma salían; pero he oído decir, aunque no lo afirmo, que estaban encerrados en una haba.

La pobre niña seguía andando sin sentir fatiga, á pesar de las veinte leguas recorridas desde por la mañana sin comer ni beber. Al verla pasar por los caminos sin dejar rastro de su paso, hubiérase dicho que la transportaban invisibles alas, pues aquel mismo día la habían visto en los cuatro extremos de la comarca, y no se hubiera encontrado un rincón de tierra en la llanura ó en la montaña donde la nieve no guardara algún recuerdo de su paso. Si Guillermo y Guillermina la perseguían corrían el riesgo de caminar una semana antes de hallarla, no porque titubearan sobre el camino que debían de seguir, puesto que, como los reyes, dejaban atrás sí una multitud, sino porque marchaba tan de prisa que en otro tiempo ni ella misma hubiera podido hacer semejante viaje en menos de seis semanas.

El cortejo aumentaba á cada pueblo, pues todos los socorridos marchaban en su segui-

miento, hasta el punto de que la muchedumbre se extendía tras ella varios centenares de metros. Eran sus buenas obras las que la seguían, y jamás ningún santo se presentó ante Dios con tal escolta.

Lanoche llegaba, y Hermana de los pobres se detuvo sobre la cumbre de un montecillo, inmóvil, mirando las llanuras enriquecidas por ella y contemplando luego sus negros harapos que destacaban sobre la blancura del crepúsculo. Los mendigos hicieron un círculo á su alrededor, agitándose con sordo y creciente murmullo; después reinó por algunos instantes un profundo silencio. Luego Hermana de los pobres, sonriendo á aquel pueblo apiñado á sus piés, engrandecida sobre la colina, elevó al cielo su mano y exclamó:

—Dad gracias á Dios, dad gracias á María.

Y todo el pueblo escuchó su dulce voz.

V.

Era muy tarde cuando Hermana de los pobres volvió á su vivienda. Guillermo y Guillermina se habían dormido ya hartos de cólera y de amenazas, y notaron su entrada por la puerta del establo, sólo cerrada por el picaporte ni sus pasos al subir al granero, donde halló á su amiga

la luna radiante y bella. ¡Cuántas veces el cielo recompensa nuestras buenas obras enviándonos sus más puros rayos!

La niña, aunque sentía bastante necesidad de reposo, quiso ver antes de acostarse la milagrosa moneda del fondo del saco, pues tan bien había trabajado, que bien merecía un beso. Sentóse sobre el cofre y se entretuvo en desocupar el saco, echando puñados de monedas á sus pies. Pero más de un cuarto de hora hacía que duraba aquella ocupación, y ya desesperaba al ver llegar el montón hasta sus rodillas. Tuvo la idea de volver el saco del revés, y hubo tal inundación de dinero, que se llenaron las tres cuartas partes de la guardilla y el saco quedó vacío.

A aquel ruido se despertó Guillermo, y aquel hombre que no hubiera oído durante el sueño ni el hudimiento de la chozá, abrió los ojos al rodar de las monedas y empujó á Guillermina diciéndola.

—¿Oyes, mujer, oyes?

La vieja murmuró algunas frases con malhumorado tono.

—La chiquilla ha venido—replicó el hombre—y debe haber robado á alguien en el camino porque oigo allá arriba el ruido de una bolsa repleta.

Guillermina se levantó sin murmurar, completamente despierta, y encendiendo una luz, exclamó:

—Ya sabía yo que esta chica era mala—y añadió luego:

—Me compraré una cofia de encajes y unos buenos zapatos que luciré el domingo. Y ambos medio desnudos subieron á la guardilla, Guillermo delante y Guillermina detrás con la luz. Sus sombras delgadas y caprichosas se alargaban á lo largo de las paredes.

En lo alto de la escalera se detuvieron llenos de asombro al ver sobre el suelo una capa de monedas de una vara de espesor. Por todas partes se levantaban montones de dinero, verdaderas olas de monedas. Entre dos de aquellos montones dormía Hermana de los pobres, iluminada por un rayo de luna, pues la pobre niña, rendida por el sueño, había caído al suelo sin poder llegar á la cama, soñando con el cielo sobre aquella alfombra hecha de limosnas. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y en la mano derecha oprimía el mágico regalo de la mendiga, oyéndose en medio del silencio su respiración suave y regular, mientras que el astro de la noche se reflejaba alrededor de ella en las monedas novecitas, rodeándola como en un círculo de oro.

Guillermo y Guillermina no eran gentes capaces de asombrarse mucho tiempo. Iban á aprovecharse del milagro, y no se cuidaron de darle explicación, importándoles muy poco que fuese obra de Dios ó del diablo. En cuanto contemplaron un instante el tesoro con los ojos, quisieron cercio-

rarse de que no era sólo un efecto de la sombra ó una ilusión de la luna, lanzándose al montón con las manos desmesuradamente abiertas.

Lo que entonces ocurrió es tan indecible, que dudo contarlo. Apenas Guillermo cogió un puñado de monedas, éstas se transformaron en enormes murciélagos, y en cuanto abrió los dedos, los picaros bichos se escaparon lanzando agudos dullidos y golpeando su cara con las negruzcas alas. Guillermina por su parte sacó un nido de ratoncitos de diente-cillos blancos y finos que la mordieron cruelmente subiendo por sus piernas. La vieja, que á la vista de una rata se desmayaba, creyó morir al sentir correr los ratones bajo sus faldas.

Quedaron inmóviles, con los cabellos erizados, no atreviéndose á tocar aquel dinero tan nuevo y real en apariencia, pero tan desilusionador al tacto. Miráronse con disgusto, queriéndose animar con mútuas miradas, mitad risueñas, mitad foscas, como las de un niño que acaba de probar una golosina demasiado caliente. Guillermina cedió la primera á la atención y volvió á extender las manos para coger dos nuevos puñados; pero cuando apretó las manos para que no se le escapase una moneda lanzó un grito de dolor verdaderamente justificado, pues había sacado dos puñados de agujas tan largas y tan puntiagudas, que sus dedos se hallaban como cosidos á las manos. Guillermo, al ver bajarse á su

mujer, se apresuró á tomar su parte del tesoro, y sólo obtuvo unos cuantos carbones encendidos que le quemaron las manos.

Entonces, furiosos por sus dolores, se lanzaron sobre los cuartos, revolviendo el montón y procurando ganar al milagro en velocidad; pero como aquellas monedas no eran monedas capaces de dejarse sorprender, en cuanto las tocaban se convertían en lagartijas, en serpientes que huían, en chorros de agua caliente, disipándose como el humo, creyendo que cualquier forma que tomasen era buena con tal de quemar ó morder á los ladrones.

Tenían tan sorprendente fecundidad, daban á luz con tal rapidez un número tan considerable de diferentes y repugnantes seres, que reinó allí un terror difícil de pintar. Sapos, buhos, vampiros, mariposas nocturnas invadieron la guardilla aleteando y escapándose á bandadas. Los escorpiones, las arañas, todos los asquerosos habitantes de los sitios húmedos, tomaban por asalto los rincones en largas y apretadas filas, sin que á pesar de lo agrietado del granero hubiese bastantes agujeros para darles salida, por lo cual ellos mismos se despachurraban entre sí dentro de las mil hendiduras.

Guillermo y Guillermina corrieron locos de espanto, impelidos por el vértigo de esta extraña creación. A derecha é izquierda, por todas partes se apresuraban á impedir la invasión de

tantos seres; pero de sus dedos brotaban cada vez más, aumentando la ola viviente. El tesoro en que tanto se había mirado la luna no era ya más que una masa negruzca que se movía poderosamente, revolviéndose unas veces, posándose otras como el vino en la cuba.

No tardó en desaparecer la última moneda quedando el montón entero convertido en seres vivos; entonces los viejos esposos huyeron, lanzándose á la cara dos puñados de culebras. Y como de este modo se habían llevado los últimos reptiles que quedaban, el granero quedó vacío, mientras Hermana de los pobres, que nada había oído, continuaba durmiendo tranquila y sonriente.

VI.

La niña al despertar tuvo un remordimiento: el de haber ido hasta tan lejos á remediar la miseria del país entero, sin cuidarse de aliviar la de sus tíos.

La cariñosa pequeñuela tenía compasión para todos los sufrimientos, siendo todo pobre un pobre para ella, lo mismo fuera bueno que fuera malo. No distinguía entre las lágrimas, y pensaba que su misión no era la de repartir castigos y recompensas, sino la de enjugar el llanto. Dado

su modo de razonar de los diez años, no tenía gran idea de la justicia, y era todo caridad, todo limosna. Cuando socorria á los condenados al infierno, tenía para ellos más compasión que para las almas destinadas al purgatorio; y cuando un día la dijeron que cierto pobre no merecía el pan que le daban, no comprendió lo que le decían, pues no podía dejar de creer que no fuese bastante el tener hambre para tener derecho al sustento.

Para reparar en el acto su olvido, Hermana de los pobres volvió á coger su saquito y se apresuró á ir á comprar con su nueva y reluciente plata una tierra que lindaba con la cabaña de sus parientes. Compró también un par de bueyes blancos y rojos, de pelo lustroso como la seda, sin olvidarse del correspondiente arado. Después tomó un mozo de labor que se encargase de conducir todo aquello hasta el campo junto á la puerta de la casucha. Mientras tanto adquirió en el pueblo provisiones de todos géneros, leña de cepas secas que ardía perfectamente, harina de flor, salazones y legumbres secas. Alquiló tres enormes carretas, y seguida de ellas fué de tienda en tienda cargándolas con todo el menaje que juzgó necesario, siendo maravilloso cómo distribuía el dinero de Dios, no comprando cosas inútiles como podía esperarse de una chicuela de su edad, sino sólidos muebles, piezas de tela, calderos de cobre y todo cuanto pudiera anhelar en sueños una cocinera de treinta años.

Cuando estuvieron llenas las tres carretas, las hizo ir á reunirse con los bueyes y el carro; pero entonces comprendió que la casucha de sus tíos era muy pequeña, miserable, insuficiente para encerrar tantas riquezas, y tuvo la pena de no poder comprar una granja, no porque faltase dinero, sino porque no había ninguna en aquella parte de la comarca. Resolvió llamar albañiles y hacerles construir una gran vivienda sobre el emplazamiento de la anterior; pero como tenía prisa, se limitó á verter sobre el suelo algunos montones de monedas delante de las carretas, calculando lo suficiente para los gastos de la edificación.

Guillermo y Guillermina dormían aún, sin haber oído ni las ruedas de las carretas, ni la tralla del gañán; y entonces Hermana de los pobres se aproximó á la puerta, dibujándose en sus labios una sonrisa, pues también tenía á veces la travesura del bien. Se había dado prisa, en parte por malicia, pues quería hacerlo todo antes de que se despertase su familia.

Echó una última ojeada á sus compras y se puso á gritar palmoteando con todas sus fuerzas:

—¡Tío Guillermo, tía Guillermina!

Y como los dos viejos no respondiesen, dió puñetazos en las tablas mal unidas de aquel especie de palomar, repitiendo muchas veces y todavía más alto:

—¡Tío Guillermo, tía Guillermina, abrid pronto que la fortuna pide permiso para entrar!

Al fin la oyeron, los dormidos tíos, y saltaron á escape de la cama antes de tomarse la molestia de despertar. Aún gritaba la niña cuando aparecieron en el umbral, frotándose los ojos para ver mejor y medio desnudos. No vacilaron al ver tantos objetos, y se llenaron de admiración al contemplar los montones de monedas altos como haces de heno, las tres carretas repletas, los calderos y los muebles de nogal destacándose sobre la nieve, mientras los bueyes resoplaban con fuerza y la reja del arado parecía de plata por el reflejo de los primeros rayos del sol.

El mozo de labor se adelantó y dijo á Guillermo:

—Amo ¿adónde conduzo la yunta? No es aún estación de empezar la labor; pero esté usted descuidado pues la tierra está sembrada y habrá una excelente cosecha.

Durante este tiempo los carreteros se habían aproximado á Guillermina.

—Buena señora—le dijeron—aquí tiene usted sus trastos y las provisiones de invierno. Díganos usted en seguida dónde descargamos nuestras carretas; un día no es suficiente para colocar tantas riquezas en su sitio.

Los dos viejos, con la boca abierta, no sabían qué responder, y miraban tímidamente aquellos bienes desconocidos aún para ellos, sin quitar ojo

á los tunantes cuartos que tan cruelmente se habían mofado de ellos la noche anterior. Hermana de los pobres, escondida en un rincón, se reía de su ridícula figura, sin desearles otra venganza por el poco cariño que le habían demostrado en los días de infortunio. La pobre chiquilla no había reído tanto en su vida, y tú hubieras reído lo mismo si hubieses visto á Guillermo en calzoncillos y á Guillermina en enaguas, sin saber si debían alegrarse ó llorar, pero haciendo los gestos más risibles que puedes imaginarte.

Por último, viendo que iban á meterse dentro y cerrar la puerta y la ventana, se presentó.

—Amigos—dijo al mozo y á los carreteros—entrad todo eso en la casa; no tengais cuidado por llenar las habitaciones hasta el techo; no os preocupéis del poco espacio, pues he comprado tanto que es preciso una quinta, pero ahí está el dinero para los albañiles.

Y dijo esto con objeto de que la oyeran sus parientes, pues creía, con razón, que debían comprender que ella era la hada á quien debían aquellos regalos. Los tíos se prometían de su pelea de la noche anterior vengarse de aquella á quien atribuían su mal; pero cuando la oyeron hablar así, cuando vieron á los hombres descargar los muebles y las provisiones á su puerta, miraron á su sobrina y estallaron en sollozos, sin saber por qué. Parecía que una mano les desgarraba la garganta, y permanecieron un rato sin

saber qué hacer, ahogándose, sintiendo una emoción que no habían experimentado nunca. Entonces, de pronto, conocieron que amaban á Hermana de los pobres, y riendo en medio de sus lágrimas corrieron á abrazarla y sintieron que aquello les desahogaba.

VII

Un año después Guillermo y Guillermina eran los más ricos labradores del país; poseían una hermosa granja nueva; sus campos se extendían á muchas leguas á la redonda, tantas que no bastaba á encerrarlas un solo horizonte. No tiene nada de particular que un pobre se haga rico, y por tanto, nadie se asombraba de aquel cambio; pero cuando aquel matrimonio se hizo bueno, muchos rehusaron creerlo. Y sin embargo, era cierto que los parientes de Hermana de los pobres, no sufriendo ya ni el hambre ni el frío, volvieron á recobrar su antiguo buen corazón, y como tanto habían llorado, comprendieron las miserias del prójimo y las remediaron sin egoísmo.

Las lágrimas son siempre buenas consejeras. Si los viejos no desearon ya ni el lujo ni el vino, no era ajena aquella metamorfosis á la secreta virtud de aquellas monedas, las cuales, rehusan-

do servir para los despilfarros, corrían sin medida para las buenas obras.

Guillermo y Guillermina mimaban sin cesar á la niña, la evitaban toda clase de fatigas y hasta el más pequeño trabajo, pues era su propósito hacer de ella una señorita distinguida de blancas y cuidadas manos. «Ocupate sólo de tu tocado y no te ocupes de lo demás», le decían; pero la activa niña no hacía caso de aquellos consejos, porque se hubiera muerto de tristeza si no hubiese tenido otra ocupación que ver correr las nubes. Sus riquezas le servían de menos distracción que las proporcionadas por la limpieza de los muebles y de la casa. Siempre respondía á sus tíos: «Déjenme ustedes, estoy abrigada, bien mantenida; prefiero trabajar á estar delante del espejo horas y horas.»

Lo decía con tal sensatez, que Guillermo y Guillermina, comprendiendo que tenía razón, no contrariaron su gusto. Levantábase á las cinco de la mañana para encargarse de los cuidados domésticos, no para barrer y lavar como en sus días de desgracia, puesto que no tenía suficientes fuerzas para limpiar por sí sola tan vasta casa, pero sí para vigilar á los criados y ayudarles sin el menor disgusto en sus faenas de hacer manteca y cuidar el corral. Era la joven más activa y más rica de la comarca, y todos se maravillaban de que no hubiese cambiado al variar de posición, sino que, por el contrario, tenía más son-

rosadas las mejillas y más dulzura todavía para sus inferiores. «¡Oh miseria, decía muchas veces, tú me enseñaste á ser rical!»

Meditaba mucho en razón á su poca edad, y la entristecía pensar lo poco útil que había llegado á ser en sus manos el dinero. Los campos la suministraban pan, vino, aceite, legumbres, frutas; los rebaños, lana para sus trajes, carne para su alimento, bastando ámpliamente los productos de la granja para llenar sus necesidades y las de todas sus gentes. Hasta la parte que tocaba en suerte á los pobres era abundante, pues en vez de darles la limosna en dinero, dábasela en viveres, leña, piezas de tela, todo lo que creía necesario á los mendigos, evitándose la tentación de emplear mal la caritativa limosna.

Entre aquella abundancia de bienes, varios montones de cuartos dormían en el granero, donde Hermana de los pobres se desesperaba por verlos ocupar el sitio dedicado á veinte ó treinta haces de paja. Prefería siempre la paja, recompensa del trabajo, á aquellas monedas obtenidas sin gran mérito, lo que hizo que poco á poco sintiese un profundo desdén por aquella riqueza, buena para dormir en los cofres de los avaros ó para correr por las manos de los comerciantes.

Tanto llegó á cansarla aquella incómoda fortuna, que una mañana se decidió á hacerla desaparecer y así lo llevó á cabo guardando sólo la moneda recuerdo de la mendiga.

Tuvo cuidado de no llegar á ser demasiado rica, puesto que en el exceso se encerraba un peligro para el corazón, en vista de lo cual regaló una parte de sus tierras, que eran muy extensas y excesivas para mantener una familia tan limitada, y quedóse con lo necesario para sostener cómodamente sus necesidades. Como los necesitados no faltaban cerca de la granja, cuando á pesar suyo las monedas seguían multiplicándose en el granero, subía y repartía tan á su placer, que pronto disminuía tan abundante fortuna. Para asegurar su alegría, guardó toda su vida la bolsa encantada y colocando la moneda de la pobre en el fondo, fabricaba dinero á montones, y al retirarla de aquel sitio en sus días de excesiva fortuna, permanecía siempre vacía.

Hermana de los pobres tenía otra preocupación, y era la de que el regalo de la mendiga la turbaba por el poder que la otorgó, pues gozaba más en creerse humilde que poderosa. Tuvo la idea de arrojarla al río; pero el solo pensamiento de que algún malvado pudiese encontrarla entre la arena y hacer mal uso de ella, la detuvo. Entonces comprendió por qué la mendiga había vacilado antes de darle su limosna, pues era un regalo capaz de causar la alegría ó la desesperación de un pueblo, según la mano que la recibiera.

Guardó la moneda, y como estaba agujereada la colgó al cuello, pendiente de una cinta, para no perderla. También la contrariaba sentirla so-

bre su pecho, y hubiera dado lo indecible por volver á hallar á la pobre, devolverle aquel depósito, demasiado pesado para ella, y rogarla que dejase vivir como una pobre chiquilla, sin hacer más milagros que los hechos por su trabajo y su buen humor.

Pero la había buscado en vano tantas veces, que desesperó de encontrarla.

Una tarde que pasó por delante de la iglesia, entró á rezar una salve, y para ello se dirigió á una capillita que prefería por su sombra y su silencio; los vidrios, de un azul oscuro, iluminando entre las tinieblas el marco dorado de un viejo cuadro.

Hermana de los pobres, arrodillada sobre las piedras, distrájose un momento en contemplar aquella despedida del sol acariciando el marco, nunca visto por ella. Después, inclinando la cabeza, comenzó su oración, en la cual, suplicó al Eterno le enviase un ángel que se encargara de la moneda.

En lo más ferviente de su plegaria levantó la frente. El beso del sol, subiendo lentamente, no daba ya en el marco, sino en el lienzo pintado, produciendo la ilusión de una luz viva saliendo de la santa imagen. Parecía que algún querubín había levantado algún rincón del velo que cubre la gloria, y en él aparecía en todo el esplendor de su hermosura angelical la Virgen María, en cuyo seno dormía el Niño Jesús.

La virtuosa niña miró intentando recordar aquella fisonomía, que creyó haber visto en sueños; pero la imagen y el niño, reconociéndola al mismo tiempo y sonriéndola con dulzura, salieron del lienzo y descendieron á su lado.

No sólo era ilusión de su vista, sino que también sus oídos escucharon estas dulces palabras:

«Soy la santa mendiga de los cielos; los pobres de la tierra me ofrecen sus lágrimas, y yo tiendo mi mano á cada miserable á fin de consolarle, transporto al cielo sus sufrimientos, y ellos son los que amasados entre sí de siglo en siglo, formarán el día del juicio los tesoros de felicidad de los elegidos.

»Así voy por el mundo pobremente vestida, como conviene á una hija del pueblo, consolando á los indigentes, salvando á los ricos que ejercen la sublime virtud de la caridad.

»Te ví una noche, reconocí en tí á la que buscaba. Me he impuesto el rudo trabajo de buscar ángeles sobre la tierra para confiarles una parte de mi misión; para eso poseo monedas divinas que tienen la inteligencia del bien y prestan una magia poderosa á las manos puras que las poseen.

»Ya ves, mi Jesús te sonríe porque está contento de tí. Has sido mendiga de los cielos, porque habiéndole entregado muchos su alma conducirás gran cortejo de pobres hasta el Paraíso.

Ahora devuélveme ya la moneda que tanto te pesa; sólo los querubines tienen la fuerza de soportar eternamente el peso del bien sobre sus alas. Sé humilde, sé feliz.»

Hermana de los pobres, escuchando la palabra divina, quedóse muda, extática, con los ojos desmesuradamente abiertos, en los cuales se reflejaba el aturdimiento de la visión. Permaneció largo tiempo inmóvil, y como el rayo de sol seguía subiendo, le pareció que la puerta del cielo se cerraba poco á poco, mientras la Virgen, habiendo cogido la cinta pendiente de su cuello, desaparecía. La mirada del niño brillaba aún con fulgor extraño, por ella solo veía la parte alta del marco dorado, brillando débilmente por los últimos rayos.

Para convencerse de que no era ilusión, echó mano á su cuello, y al encontrarse sin la moneda no tuvo duda de la certeza de la aparición. Perseguíóse y se alejó dando gracias á Dios.

Así pudo vivir ajena á cuidados hasta el día en que el ángel esperado ardientemente desde su juventud la condujo al lado de sus padres que la reclamaban desde el Paraíso, y allí, encontró también á Guillermo y Guillermina, que la habían dejado también un día, que se cansaron de vivir en este mundo.

Mas de cien años después de su muerte no se encontró un solo mendigo en la comarca, no porque se hallasen en los armarios que la caritativa

dejó, montones de oro y plata, sino porque siempre se encuentra por algún rincón alguna moneda suelta de la Virgen en las santas manos de los hombres trabajadores y de los pobres de espíritu.

AVENTURAS DE SIDONIO EL GRANDE

Y

DEL PEQUEÑO MEDERICO